

El insufrible Bolaño

José Edgardo Cruz Figueroa

Esta es una historia verdadera. Todos los personajes están muertos o a punto de morir. Los que están muertos no lo saben pues ya no piensan. Parecen estar vivos pues andan por las calles. Algunas calles tienen sus nombres. Una inmensidad de libros los mencionan. Hablamos de ellos constantemente. Profesores los usan como ejemplos de valor, de sacrificio, de talento. Sus vidas encierran lecciones. Sus muertes merecen recuerdos. Estos muertos nunca se cambian de ropa. De noche se meten al cine o a un bar acompañando a otros que miran la última película de Luis Estrada o que toman cerveza o vino o vodka con agua tónica o ginebra con vermouth y una aceituna, pero todo depende de quién los acarree y en qué contexto. En esos sitios son mera compañía, van ocultos en un maletín o un bolso y a veces flotan empuñados o sujetos bajo el sobaco de hombres y mujeres, de estudiantes, de estudiósos y fanáticos. Nadie los entiende pero nadie lo admite. Son personajes interesantes de los que todo el mundo infiere pensamientos alegres o morbosos, excitantes o aburridos; son fuente de inspiración o de indiferencia, en algunos casos resentimiento y hasta odio. Acaban con todo, ocupan un espacio muy grande. No hay manera de echarlos, olvidarse de ellos, nos alimentan y nos matan.

Empecemos hablando del titular, Bolaño. Sobre él hay ideas contradictorias. Que si era un genio, que si era un hijo de puta, que si era atractivo, que si era feo, que si fumaba como una chimenea, que si nunca bebía, que si estaba casado pero tenía una sucesión de amantes, que si era nacido en Chile, que si era un escritor mexicano. Un colaborador ha dicho con delicadeza que era un embustero, un cuentista 24/7. Odiaba a Isabel Allende. Pensaba que Borges no era humano. Con él (aunque no solo con él pero qué más da) termina el Boom y comienza el Bang. Del surrealismo pasamos al infrarealismo y de lo real mágico a lo real subterráneo, aunque según él formaba parte de lo que llamó el realismo visceral (tan real como el nombre de Arturo Belano), que podría confundirse con el realismo sucio de Pedro Juan Gutiérrez, al que otros han llamado hiperrealismo obsceno, pero que es algo diferente, y del que se separó sin bombos ni platillos pues no es fácil mantener vivo a un movimiento literario cuando se está muerto de hambre. Carlos Fuentes nunca lo leyó, Vargas Llosa le rindió homenaje, García Márquez estaba ocupado comiendo langostas y camarones con Fidel Castro mientras el pueblo cubano pasaba hambre, así que no tuvo tiempo de opinar. Bolaño, Fuentes y García Márquez han muerto hace tiempo. Fidel acaba de morir (justo antes de escribir esto), viva Fidel. Vargas Llosa podría haber fallecido antes de que esto salga (si sale), pero espero que no estire la pata antes de acabar su libro sobre Sartre. Pensando en García Márquez y Vargas Llosa recuerdo lo que dijo Bolaño usando

la voz de Crispín Zamora de que “el problema con la literatura [...] es que al final uno siempre termina volviéndose un cabrón”.

Los cinco me hinchan las pelotas, como se dice vulgarmente en varios países latinoamericanos. Bolaño un poco menos porque era un poco más auténtico. Aun así, es insufrible; me lo imagino pontificando, tumbando caña como el alacrán. Sentado en una mesa pensando: Yo, El Supremo. Diciendo, con su arrogancia usual y descomunal, con aire de certidumbre absoluta, que era chileno pero no un escritor chileno, que no intentaba explicar a Chile ni nada, que ser escritor chileno era una cagada, que él era escritor y punto (aunque escribe como un mexicano y a veces como un español) y que entre Cervantes y Borges (y después de Borges) no había nada que valiera la pena en la literatura en español (“Cuando Borges se muere, se acaba de golpe todo”). Si resucitara, se pondría rojo al ver que en algunos de sus libros lo describen como “narrador y poeta chileno”. Me pregunto qué dijo cuando un crítico describió a *Los detectives salvajes* como la gran novela *mexicana* de su generación. Quizás: “*Va cagare!*” O mejor: “¡A tomar por culo!” He leído sus cuentos en el *New Yorker*, la colección de cuentos de *Vintage Español*, y las entrevistas de Monica Maristain. Estuve semanas leyendo *2666* (qué cantaleta Dios mío la parte de los crímenes) y luego me entretuve leyendo *Los detectives salvajes* que compré a descuento en la feria del libro de Madrid, muy graciosa novela con sus dibujitos de mexicanos en bicicleta, cruzando un puente, velando un muerto o esquiando, pero a la vez cansona, no importa lo que dijo el crítico que pienso que es un exagerado, pues la podría haber escrito en cien o doscientas páginas. Ya no lo aguento.

Me copio de él, quiero leer más que él, voy a leer toda su obra aunque termine con indigestión literaria, vomitando página tras página hasta regresar a la pureza de un cerebro nítido y descontaminado, quiero olvidarme de que una calle lleva su nombre en España, aunque no la encuentro en Google Maps, quizás porque en realidad no existe, quizás porque cuando la cámara de Google pasó el rótulo no estaba, no importa, lo que cuenta es que es insufrible pues me hace olvidar lo que dijo Martí: enfócate en lo bello, en lo noble, en lo extraordinario, y a la vez me recuerda a Whitman y quizás a Whitman le habría gustado *Los perros románticos*, quién sabe, pero de seguro que si Whitman hubiese sido padre nunca habría dicho como él que su patria eran sus hijos, qué chorrrada, yo digo: ¡mi patria soy yo!, pero no una patria abstracta que se incorpora en mí y por la cual debo estar dispuesto a morir sino una que me impone la pauta de mi sobrevivencia a toda costa, aunque no sin límites, porque después de mí, en la muerte, no hay nada.

Ahora pasamos al recuento de los demás, los que quedan, pero solo algunos, una muestra. Muertos pero vivos en la memoria. Hoy Philip Roth me mira desde la portada del magazine de estilo del *New York Times*, con la mano izquierda tapando el ojo izquierdo, con el labio inferior partido por el medio, que parece un lazo o dos nalgas. El labio superior es una mera línea. Su nariz es recta. ¿Para qué se escribe?, se pregunta Roth. Para abandonar el orden, la lógica del mundo. Se escribe para representar no para endosar. Buena cubierta para revelar nuestras perversiones y defectos, nuestras inaceptables ansias. Mi queja es tu queja, yo soy inocente. Si te gusta lo que digo, tú eres el culpable o la culpable, según sea el caso. Contrario a los escritores que dicen que dejarán de escribir cuando salgan de su casa pies primero, Roth tuvo la sensatez de no escribir más cuando supo que no tenía nada más que decir y ya era hora simplemente de disfrutar del trabajo de otros.

Si Borges tenía razón al decir que la paradoja de Zenón contra el movimiento prefigura a *El castillo* de Kafka, ¿tiene que ser un precursor antecedente a sus sucesores, como debería ser por definición, o puede un precursor ser a la vez un contemporáneo? En el caso de Roth y Bolaño habría que redefinir la palabra contemporáneo pues cuando Bolaño nació ya Roth tenía 20 años y seis años después, cuando Bolaño era un pibe, Roth publica su primer libro de cuentos. Pero son contemporaneos en su pesimismo, en su actitud. Cuando Bolaño dice que la literatura es una mierda se parece al Roth que dice que los libros no pueden competir con las pantallas y cuando Roth dice que si uno lee una novela en dos semanas realmente no la ha leído se parece al Bolaño que sugiere que entre Cervantes y Borges no hay nada digno de leer. Pero Roth es distinto, a pesar de que su obra, como la de Bolaño, gira alrededor de un alter ego de nombre Nathan Zuckerman que le sirve para representar las cosas sin endosarlas. Roth no creía que el alfabetismo estético tuviera mucho futuro, aunque no sé qué era lo que él pretendía que la literatura lograra en el proceso de educación de las masas, y no me impresionó mucho cuando dijo que la inspiración era un mito, que para escribir lo único que hacía falta era ¡ponerse a escribir!, así mismo, con signos de exclamación. Qué ironía, John Roberts el precursor de Roth cuando dijo que para acabar con el racismo lo que había que hacer era ¡acabar con el racismo!

Roth nos recuerda que desde el siglo diecinueve hasta el siglo veintiuno, quizás desde antes, de seguro que también después, la vida es una tómbola, como dice la canción que Mona Bell hizo popular. ¿Por qué? Hombre, nadie puede creer que Roth se tornó en gigante de la literatura norteamericana a base de puro talento. El talento cuenta, es indispensable, pero la suerte es también importante. ¿Adónde habría ido a parar si sus abuelos no hubiesen emigrado a Estados Unidos desde Ucrania y la Galicia austriaca? ¿Qué habría sido de él si no hubiese sido dado de baja del ejército después de lastimarse la espalda durante el entrenamiento básico? ¿Cuál habría sido su material autobiográfico si nunca hubiese cenado en el Weequahic Diner, nunca visitado el museo de arte de Newark o jangueado en el Irvington Park? La suerte opera de formas misteriosas. Como representante de esa mezcla de talento y suerte Roth no es único. La vida es una tómbola.

Y así mismo, como si fuese la configuración al azar de páginas que se sacan de una tómbola, vi el libro *City of Glass* sobre mi mesa de noche. Eran las 1:38 de la mañana y tenía los ojos tan abiertos que parecían faros en una noche plagada de una oscuridad trémula. En ese entonces tomaba Ambien para poder dormir y todavía no surtía su efecto. Estuve dando vueltas un buen rato, el cuarto un tiovivo con toros y quimeras en vez de caballos, y sin saberlo caí achocao—así funcionaba la droga—. No soñé pero puede ser que horneara un bizcocho como sonámbulo—la droga funcionaba así también—. Al despertar pensé en el autor de *City of Glass*, quien no es insufrible (su ex-mujer podría estar en desacuerdo aunque ya no importa pues Paul Auster está perdido en el espacio). Pensé: me gustaría escribir como Auster pero no me parece buena idea, a pesar de la tentación aristotélica de imitar lo que es bueno pues si es bueno no necesita ser superado. Pero claro, por ser moderno estoy sujeto al embrujo de la idea del progreso, a la obsesión con la originalidad. Por eso no me atrae la idea de imitarlo aunque si lo hiciera me daría cuenta cuando ya era demasiado tarde.

Por el momento estoy completamente dentro de mis cabales y eso me ayuda a ver el objetivo de la originalidad con mesura aunque también de modo inconsistente pues ya he dicho que me copio de Bolaño. Pero claro, en eso también hay originalidad pues cada cual se copia a su manera. O sea que no me obsesionan las putas, no pongo la gente a llorar o a reírse sin motivo, ni pienso que todo el mundo está a punto de volverse loco (tampoco me gusta mucho decir las cosas entre paréntesis o terminar listas con la palabra etcétera). Pero no me jodas, ¡si al mismo Bolaño le dijeron en palabras finas que se copiaba de Cortázar! En fin, mejor que sucumbir a la tentación de tratar de crear un nuevo paradigma literario me conformo con copiarme a mi manera y a la vez formular esta queja: hay escritores que son insufríbles y me agobian por el tiempo que me quitan pensando cómo superarlos. Por eso, en parte, me hinchan las pelotas. Son figuras geniales como autores y sin embargo me caen mal, algunos como personas.

De eso no diré nada más pues no tengo tiempo. Excepto que soy neutral respecto a Auster pues fuera del seminario que una vez presidió discutiendo la obra de J.M. Coetzee, donde se reveló como un gran moderador y comentarista mientras que Coetzee demostró que su fama de antipático no era exagerada, nunca tuve oportunidad de conocerlo a nivel personal más allá de *La invención de la soledad*. Ahí él se representa favorablemente pues es una narrativa “escrita por sí mismo”, como describió una vez Frederick Douglass a su autobiografía. Aunque centrada en la figura de su padre, se mete en la narrativa de manera indirecta y dice que él no es su padre, que él es buena gente. Pero es ambivalente al respecto cuando declara: “Cuando el padre muere [...] el hijo se convierte en el padre y en su propio hijo”. Auster es honesto cuando admite que la diferencia entre padre e hijo puede ser borrosa, como la imagen de uno frente al espejo del botiquín de medicinas (y cosméticos y humectantes y navajas de afeitar y curitas y yodo), ese rectángulo esencial (el mío no es paradójico pues se conserva intacto), ennublado por la condensación del agua caliente con la que te acabas de bañar. Porque no fue un tipo tajante—excepto en cuestiones políticas pero concuerdo con su postura—no me cae mal, aunque haya escrito la segunda parte de *La invención de la soledad* desde la distancia un poco pretenciosa de la tercera persona singular.

Intermedio

Música de fondo: El tema de Lara

Siguiente personaje: mi amante, que es de los que están a punto de morirse pero mientras tanto es recurrente, es más, diría que es un personaje eterno. Una vez le dije: yo quiero ser así, perenne en mi compromiso, pero no sé si pueda cumplir ese deseo. Soy una roca pero no estoy hecho de piedra. A fin de cuentas, creo que todo se reduce a esto: me quieras con locura siempre y cuando sea un objetivo, una promesa, siempre y cuando esté contigo en la distancia, juguete de tu corazón. ¡Que viva Clara Lair! En otra ocasión le dije: entiendo tu situación. Se te acumula el pesar y explotas y dices ya basta pero luego se te pasa y vuelves a lo mismo. La comodidad de la inercia se impone al restituirse la rutina y la calma. Tu espacio tiene tres dimensiones que se entrelazan como los hilos transparentes de una telaraña. En una dimensión estás junto a tu marido; en la otra vives a mil millas de distancia de él, sumida en tu cabeza, ambos durmiendo en cuartos distintos, tú indiferente

a sus reclamos. En la tercera, el espacio es una zona de deseo muy definido en su contenido pero inasible en su forma, deseo que es un proyecto de vida, un aliento que se torna espeso al contacto con el aire, con rasgos precisos pero inmunes al tacto—me deseas, me deseas pero no me agarras. Es una vivencia incorpórea que te permite sobrevivir la mentira, el escondite, la duplicidad, la tortura de nuestra distancia. Eres pecadora pero como no hay Dios, ni infierno, ni castigo eterno, solo la vida, haces lo que quieras pues de una manera u otra te vas a morir. En las palabras de Will Munny: “*We all have it coming kid.*”

Cuando Sofía, que es su nombre, me pidió sacar un libro de Mircea Eliade con mi tarjeta universitaria, nunca supe por qué. No sé si fue porque no había pagado su matrícula y tenía un *hold* en su cuenta que no le permitía sacar libros, o si es que quería tener acceso al libro por más tiempo, o si lo hizo como un gesto de comunión, para sentirse más cercana a mí. Algo así como si el acto de usar mi tarjeta, que requería un viaje juntos a la biblioteca, que nos presentáramos juntos a la circulación para procesar el préstamo del libro, fuese la culminación de una danza erótica; como si esa concatenación de pequeñas movidas fuese una maniobra estratégica, conversando, chocando su cuerpo contra el mío en el vaivén del caminar, rozando levemente nuestras manos, mirándonos sonrientes durante el trayecto del parking a la biblioteca, halando la puerta que pesaba una tonelada y reírnos pues en vez de aguantarla y darle paso, al abrirla me adentré, asegurándome de que permaneciera abierta lo suficiente para que pudiera seguirme sin hacer el esfuerzo, pero entrando detrás de mí; como si todas esas cosas fuesen los ingredientes de un cocido aromático que cuajaba en el acto de sacar el libro conmigo. En la puerta protestó que no era un caballero y yo me defendí diciendo que la abrí para los dos. Qué más da si entro yo o tú primero y entonces nos reímos, en sincronía, como siempre. Me pregunto si sacó el libro con mi ayuda para convertir ese pequeño drama, esa excursión breve a través del parking (podría decir estacionamiento para satisfacer a María Vaquero de Ramírez, otro personaje muerto, pero no es que use parking por desconocimiento del vocablo propio así que lo dejo), pasando por los edificios de Humanidades y Ciencias Sociales, subiendo y bajando escaleras, contemplando los árboles en la distancia, las flores del patio interior del recinto, el pipote colgando del techo de cristal de nuestro lugar de encuentro favorito, me pregunto si todas esas movidas conformaban un proyecto de amor o si fueron parte integral de la farsa que vivimos a diario. No la culpo si todo eso fue parte de una historia cuyo fin no tuvo la intención de realizar pues del desenlace trunco que vivimos yo también fui responsable.

Volvemos

Termina El tema de Lara

¿Fue nuestra historia una metáfora extendida, digna de Bolaño? Él puede que dijera que no, que me dejé de vainas, que a él no se le ocurriría semejante cosa. Ni modo. Todo lo que recuerdo de Sofía podría decirse que es parte de su influencia, de la inspiración que provoca. Coño, si hasta antes de leerlo he escrito como él. Quizás soy su precursor, modestia aparte. Su literatura es tan autorreferente como un estómago que se digiere a sí mismo, un símil que encontré en una lectura que no recuerdo y lo aclaro para que no me acusen de cometer plagio. Mi trabajo es igual, es decir, es como ese estómago antropofágico. Se

nutre de las situaciones más prosaicas y luego se come a si mismo. Un malestar, una queja, recuerdos insoportables, viajes cortos compartidos, una ausencia malquerida; todo eso es lo que me anima y me dice: escribe sin pensar en ese maldito que nunca llegarás a conocer bien porque la literatura es inescrutable. Ante ésta somos como el general Diego Carvajal, ¿se acuerdan de él?, que creía, según Bolaño, que Marinetti era un profeta pero no sabía de qué. Aunque las apariencias digan lo contrario, en la literatura solo hay niebla. Así es a pesar de lo mucho que se esfuerzan lectores y críticos por entender lo que leen; textos que podrían ser fuente de sabiduría si no fuese porque, como dijo Hobbes en *Leviatán*, la sabiduría no se adquiere leyendo libros sino leyendo a los hombres. Es decir, cada hombre (sería mejor decir persona, pero no en el siglo 17) leyéndose a sí mismo, que podría ser lo que hago cuando leo tanto a Bolaño como a tantos otros.

Cuando le dije esto a Sofía se encogió de hombros y me dijo que le gustaba Bolaño. Rápido cambió el tema pues quería hacerme una pregunta sobre Julia de Burgos (un cadáver que muere y no muere, como en el poema de Vallejo). ¿Crees que ella es una escritora universal o provincial?, me dijo. Sofía quería ser antropóloga literaria. Yo le dije que a de Burgos, por ser una “jíbara del campo” de Puerto Rico, se le considera una escritora con un punto de vista muy particular. Ella, dirían algunos, de los que me excluyo, pero eso no le quedó claro a Sofía, es una figura de la literatura puertorriqueña y como más, del Caribe. Sofía por poco me come. Pero mi argumento fue que no hay nada sorprendente en una relación en la cual el punto de partida de lo general sea lo particular. Siempre es así, y la relación no puede verse de otro modo a menos que uno sea platónico intolerante y sin remedio. La obra de Bolaño es buen ejemplo de esa transmutación y así sucede con la obra de todos los buenos escritores, incluso cuando no se lo proponen. Julia de Burgos es tan universal, dije yo, cuando escribe sobre el Río Grande de Loíza como lo es Bolaño a pesar de que escribe como un mexicano o como un español. Los dos son universales a destiempo pues les llegó el título por sus obras sin que ellos pudiesen controlar el momento en que se lo ganaron, aunque Bolaño tuvo la oportunidad de decir que se lo merecía. Es más fácil ser universalista, añadí, cuando el trampolín de lo particular es una potencia política y económica mundial, que cuando el brinco te sumerge en las aguas de un río relativamente pequeño en una diminuta isla del Caribe cuya función principal por casi 400 años de historia fue la de ser bastión militar para la defensa de las posesiones coloniales de España y cárcel para los proscritos del imperio español en el Nuevo Mundo. Así, un escritor que dice estadía en vez de estancia, guagua en vez de autobús, carro en vez de coche, guiar en vez de manejar, me cago en la madre en vez de en la leche, tipo en vez de tío, apelar en vez de recurrir o gangas en vez de pandillas, se arriesga a ser confinado a los anales de la literatura provincial o peor a no ser entendido y por ende ignorado. O sea que su particularidad no llega a la altura del universalismo gracias al imperialismo cultural. O sea que cae en una letrina y como está oscura piensa que cayó en un pantano o que está esperando la guagua.

¿Qué diría sobre todo esto alguien como Bolaño? Especulemos. Quizás prendería un cigarillo y seguiría escribiendo sin inmutarse. Qué carajo me importa Julia de Burgos, esa poeta menor del Caribe. A mí lo único que me importa es leer, escribir y follar; “leo mucho, escribo mucho, hago el amor cada día”, dice en *Los detectives salvajes* amparado en la voz de Juan García Madero, aunque la mayor parte de las veces usa la palabra follar (yo diría “meter mano” o “chingar”, a lo boricua, no a lo mexicano). No me importa la opinión

de Neruda al respecto. Lo que dijo Neruda sobre Burgos fue una declaración hipócrita similar a la de V.S. Naipaul cuando justo al terminar de escuchar la declamación de una serie de poemas que le parecieron atroces, se levantó de su silla, declaró con un gesto florido y de gran entusiasmo que los poemas eran geniales y salió del sitio como un bólido. ¿Puerto Rico?, diría Bolaño, después de aspirar y soltar una bocanada de humo, tampoco me importa mucho. Sobre ese país yo diría lo mismo que dijo Saul Bellow con respecto a los Zulus, pero no en voz alta pues mi osadía tiene límites. Y si alguien me citara haría lo mismo que Bellow, negar que lo dije y luego, amparado en la autonomía de la imaginación literaria, que es otra forma de decir lo que dijo Roth al explicar para qué se escribe, publicar una descarga quejándose de la idiotez de la prensa y de la absurda mentalidad liliputiense de los críticos *woke* (una palabra más allá de mi época pero ya saben, soy trascendental y omnisciente), para así condenar el ambiente tóxico y censorial creado por la policía cultural que muy alegremente me mataría superando a la NKVD que por poco mata a Osip Mandelstam por decir en un poema que Stalin tenía bigotes de cucaracha. He leído a Julia de Burgos pero solo puedo decir que la he leído como he leído, digamos, a Sophie Podolski, pero a un nivel de admiración distinto, digamos un poco más bajo.

Si seguimos imaginando como reaccionaría Bolaño después de leer este cuento, bien podríamos concluir, tanto como que no, que la parte sobre Roth él la negaría o la pasaría por alto. De Bellow no haría mención. Estaría de acuerdo con el juicio sobre García Márquez y Vargas Llosa. Sobre Auster no diría nada o quizás simplemente que una vez leyó *The Brooklyn Follies*, la cual recordaba pues, como Nathan Glass, él también quería escribir un libro que fuera un compendio de la estupidez humana y se sentía frustrado por no llevar a cabo esa empresa, aunque indirectamente lo hizo al escribir sobre gente muerta o de sus asesinos o quizás al escribir sobre *autores muertos*, especialmente autores raros, aunque lo único que hiciera fuese mencionar nombres y títulos de libros para crear su propio canon literario o insertar citas veladas como en la frase “y en el mes de abril, más que cruel desastroso”, una alusión oscura a Eliot, todo para demostrar lo mucho que había leído.

Lo imagino leyendo este cuento y riéndose a carcajadas. Pero qué digo, aun cuando lo hubiese escrito y publicado antes del 2003, dudo mucho que llegara a sus manos. Que yo sepa sus coordenadas fueron mayormente latinoamericanas y europeas. En cuestiones literarias los puertorriqueños padecemos con los latinoamericanos lo mismo que nos pasa en cuestiones culturales con los gringos. De ellos nosotros lo sabemos todo y de nosotros ellos no saben nada. Las referencias de Bolaño fueron Cervantes y Quevedo, Alfred Döblin y Thomas Mann, Borges y Neruda (a quien una vez vio como barrera imperial para el desarrollo de la poesía), Octavio Paz, primero como objeto de tiro al blanco y luego como ídolo, Isabel Allende como lo peor y Borges como lo mejor en la creación literaria (en realidad, sus referencias son innumerables pero estas te dan una idea de lo que no le importaba). Estoy seguro de que nunca leyó a Luis Rafael Sánchez, a quien menciono no porque lo considere paragón literario, aunque *El corazón frente al mar* es un libro bello, el mejor que ha escrito, sino porque, después de Julia de Burgos, puede que sea uno de los escritores puertorriqueños mejor conocidos más allá de la isla (o del archipiélago; lo que presenta un dilema: ¿es Sánchez tan natural de San Juan como de Vieques o Culebra?). Aquí podría mencionar a Rosario Ferré, pero ese cadáver está bien muerto, Dios la bendiga, o a Esmeralda Santiago, pero después de *Cuando era puertorriqueña* se le agotó la batería.

No hay duda, mi relación con Bolaño es de amor y odio (por lo que se ve no es el único). Lo admiro pero me parece un pesado. Ese afán suyo de rechazar el título de escritor chileno me luce tan desagradable como el afán de algunos de afirmar que escriben “en puertorriqueño”, y esto último me parece irritante porque no es necesario decirlo; si les place, basta con que lo hagan (aunque quizás fue necesario decirlo en su momento). Su erudición me trastorna, me acompleja. Sus imágenes me sobresaltan. ¿A quién se le ocurre comparar el vuelo de un Cessna con el espíritu de un indio católico dispuesto a degollar a todo el mundo? ¿De dónde sale una “redención que olía a espejo”? A la misma vez lo resiento pues sabía quién era Keanu Reeves, un actor popular pero de pacotilla, pero no quién fue Marta Romero o Lucy Boscana, dos actrices de excelente talla. Aquí puede que pique fuera del hoyo. ¿Se le puede reprochar a cualquiera que sepa quién es Billy Joel, un cantante también popular pero mediocre, pero que nunca haya escuchado a Gilberto Monroig o a Santitos Colón? Uno de sus personajes declara que la cultura es Bach, Wagner y Goethe y es difícil creer que ahí quien habla no es el propio Bolaño, aunque también parece curarse en salud al poner en boca de otro personaje una visión diametralmente opuesta en la cual la cultura es la vida. Lo resiento porque escribe como mexicano o español pero nadie le niega la universalidad que hace que su obra flote por los aires, sin patria pero sin amo, como dijo Martí.

Si sigo no acabo. Es hora de terminar. Eso suena un poco abrupto, como la llegada de un chubasco cuando uno anda sin cuidado y sin sombrilla por la calle. Pero el anuncio tiene su lógica, igual que la tiene la caída del chubasco que por sorprendente no es inexplicable. ¿A qué lógica me refiero? A la de la tómbola de Mona Bell que es la lógica de lo que no se espera pero tiene que suceder. También sigo la lógica que dicta que un cuento debe tener un final inesperado. Entonces, como dijo Corretjer, todo esto *lo llevo en el alma y ahora me despido* (aunque sea por el momento) de este señor chileno, mexicano, catalán, *whatever*, a quien no aguento. Lo digo sin hipocresía ni exageración. Tampoco me interesa el drama. Quizás escribí esto bajo los efectos sonambulistas del Ambien. Ahora lo que falta es que me monte en el carro y salga guiando o que me acueste con una mujer a quien no conozco. Quizás Bolaño ha sido una excusa, un nombre que usé para camuflajear ciertas ideas y hechos que necesitaba sacarme del sistema. La necesidad más apremiante fue la de compartir un aspecto de mi aventura con Sofía, Sofía Morelli, que es su nombre completo. Si el realismo de Bolaño es infra, o visceral o lo que sea, el mío es benigno, lleno de quejas y fantasmas, de ideas cocidas a medias, lo admito, de verdades que solo el papel aguanta. Fuentes, Vargas Llosa, Roth, son meros personajes. García Marquez y Fidel son referentes agrios que no pude evitar. Mencioné a Bellow para ilustrar la actitud condescendiente de los juicios literarios de Bolaño, pero también lo usé porque su apellido empieza con B. Paul Auster es una figura que me recuerda que la originalidad es un reto difícil de franquear. Julia de Burgos, poeta extraordinaria, fue objeto de una conversación entre amantes. Para mí, ella es la reina, las demás, son las demás, como dice la canción. Los usé a todos como el que usa una piedra en la playa para anclar su sombrero en la arena. El propósito es evitar que el viento se lleve el sombrero, la piedra es un objeto que supera la función que le fue prescrita sin que se lo proponga. Es lo mismo con mis personajes. Ellos cumplen una función aquí que es importante para mí y no lo saben. Les di mi atención a medida que aparecían en mi escritorio, a medida que recordaba intercambios con Sofía o según

pasaba la vista por los estantes de mi biblioteca, brincando de tomo en tomo sin plan premeditado, como un saltimbanqui. Igualito que la vida.

Te repito lo que ya sabes: esta es una historia verdadera. Todos los personajes están muertos o a punto de morir pero yo, Arturo Martínez,igo aquí, como dice el insufrible Bolaño, “rodeado del pasado, lo que ya no existe o solo existe en el recuerdo o las conjeturas”. Así, como si nada, hasta el día que me muera.